

hacerlas fuego desde donde estábamos echados sin levantarnos.

En una excursión al Sinaí mató mi amigo Heuglin, desde su lecho, una hiena listada con perdigones de perdiz. A pesar de su importunidad no la teme nadie, pues es positivo que nunca se atreve á atacar ni á los que duermen. Tampoco desentierra cadáveres, á no ser que estén cubiertos solo con un poco de tierra ó de arena. Los cuentos horripilantes que sobre ellas se oyen en las barracas de fieras, carecen por consiguiente, de veracidad.

En su modo de vivir se parecen, por lo demás, á las especies antes citadas y por esto sería ociosa una nueva descripción; pero en cambio puedo comunicar algo de mi propia experiencia sobre las hienas domesticadas que yo poseí durante mucho tiempo en Africa.

Pocos días despues de mi primera llegada á Khartum compramos dos hienas jóvenes por un marco de nuestra moneda. Los animalitos eran poco mas ó menos tan grandes como un perro pachon medio adulto, cubiertos de vello suave y fino de color gris oscuro, y eran, aunque habian vivido ya algun tiempo en la sociedad del hombre, todavía bastante intratables. Las encerramos en el establo donde las visité diariamente. El establo era oscuro y por esto al entrar no veia mas que el brillo de cuatro puntos verdosos en un rincon. Tan pronto como me acercaba dejaban oír bufidos y un silbido especial, y si extendía la mano para asir imprudentemente á uno de los animalitos, recibía siempre un fuerte mordisco. El palo producía al principio poco efecto; pero á medida que crecían, adquirían las jóvenes hienas mejor idea del dominio que trataba de arrogarme sobre ellas; hasta que un día resolví hacerlas comprender de un modo terminante mi voluntad. Mi criado las habia dado de comer, habia jugado con ellas y habia sido tan violentamente mordido en la mano que no pudo hacer uso de ella en las primeras cuatro semanas. Entre tanto tambien habian llegado las hienas al duplo de su anterior tamaño, y ya podían soportar una buena lección. Resolví, pues, dársela pensando que sería mucho mejor matar á palos á uno de estos animales, que exponerse al peligro de ser mal herido por ellos, y las pegué hasta que ninguna de las dos bufaba ó gruñía ya cuando volvía á acercarme á ellas. Para hacer la prueba de si el efecto habia sido completo, las puse media hora despues la mano delante de los hocicos; la una la olfateó tranquilamente, pero la otra me mordió por segunda vez el día mismo, y la mas recalcitrante mordió de nuevo, y en su consecuencia recibió la tercera paliza, y esta pareció, en efecto, haber sido eficaz. Abatida y sin moverse estaba echada en el rincon, continuando así todo el día siguiente sin tocar su alimento. Cosa de veinticuatro horas despues del castigo fui otra vez al establo donde me entretuve buen rato con ellas. Todo lo sufrían humildes y no trataban ya de pegarme mordiscos en la mano. Desde este momento no necesitaban mas rigor; su terquedad se habia doblegado y se sometían perfectamente á mi voluntad.

Una sola vez, sin embargo, hube de aplicarlas el baño de agua que, como se sabe, es sin disputa el mejor medio para domar animales feroces. El hecho fué que habíamos comprado una tercera hiena y esta debió pervertir á sus ya domesticadas compañeras; pero despues del baño y de haber sido separadas se volvían á mostrar dóciles y amables.

A los tres meses, á contar desde el día de la compra, podía jugar con ellas como con un perro sin temor de exponerme á lesiones de su parte. Se encariñaban cada día mas conmigo, alegrándose extraordinariamente cuando iba á verlas.

Quando ya habian llegado á mas de la mitad de su desar-

rollo, se comportaban de un modo singularísimo. Tan pronto como yo entraba en la cuadra se levantaban con aullido alegre y me saltaban encima, me ponían las patas delanteras sobre los hombros y me olfateaban toda la cara, y finalmente alzaban la cola toda recta y tiesa, con lo cual salía el intestino (el ciego) vuelto al revés, cosa de cinco centímetros del ano. Tal era el saludo que me hacían siempre, y pude observar que la parte mas curiosa del mismo era cada vez una señal de su alegría mas excitada.

Quando quería llevármelas á mi cuarto, abría el establo y las dos me seguían, porque la tercera la habia yo muerto á palos en uno de sus accesos de furia. Como perros un tanto importunos me saltaban cien veces encima, forcejeaban para pasar entre mis piernas, y me olfateaban las manos y la cara. Podía ir por todas partes con ellas, sin temor de que la una ó la otra tratara de escaparse. Mas tarde las conduje atadas con delgados cordeles por las calles del Cairo, con el consiguiente terror de todos los habitantes creyentes.

Mostrábanme tanto cariño, que de su propio impulso me visitaban á veces cuando alguno de mis criados habia olvidado cerrar tras sí la puerta del establo. Ocupaba yo el segundo piso de la casa, y el establo se hallaba en los bajos, pero esto no era obstáculo para las hienas; conocían perfectamente las escaleras y subían al cuarto que yo habitaba. Para personas extrañas era un aspecto tan inesperado como siniestro verros sentados á la mesa; cada uno teníamos una hiena á nuestro lado, y esta sentada tan tranquila é atentamente sobre su cuarto trasero, como suele estarlo un perro bien criado junto á la mesa cuando mendiga su porción. Esto hacían tambien las hienas, consistiendo sus humildes ruegos en un resoplido ronco pero apenas perceptible, y sus gracias se reducían, cuando podían levantarse, al ya mencionado saludo ó cuando menos al olfateo de las manos.

Eran apasionadas por el azúcar, pero tambien comían pan con gran satisfaccion, sobre todo cuando lo habíamos mojado en té. Su alimento habitual consistía en perros que matábamos para ellas. La gran cantidad de perros sin amo que en Oriente rondan por todas partes, nos hacía bastante fácil procurar para ellas la ración necesaria; pero no podíamos permanecer nunca mucho tiempo en un mismo sitio porque luego nos conocían los canes y huían de nosotros.

Tambien mantuvimos nuestras hienas con perros sin dueño durante nuestro viaje de trescientas leguas, desde Khartum al Cairo, que recorrimos en una lancha á pesar de todos los rápidos del Nilo. Por lo comun, las dimos de comer solo cada tres ó cuatro días; pero á pesar nuestro, una vez hubieron de pasar ocho días ayunando, porque nos fué imposible procurarlas su alimento. Allí debía haberse visto con qué afán se precipitaron sobre dos perros. Era verdaderamente un júbilo, gritaban y reían, y despues se precipitaron furiosas sobre su presa. A los pocos mordiscos, el pecho y el vientre estaban abiertos y las hienas revolvían voluptuosamente en los intestinos sus negros hocicos. Al cabo de un minuto ya no se reconocía ninguna de las dos cabezas de hiena, porque solo eran dos masas informes, oscuras, envueltas completamente en sangre y mucosidad, que sin cesar volvían á hundirse en el interior del cadáver para salir otra vez un momento cubiertas de una nueva capa de sangre. Jamás me ha parecido mas grande la semejanza de las hienas con los buitres que durante estos hartazgos. No cedían en nada á los buitres, mas bien les ganaban en voracidad codiciosa. Media hora despues de haber dado principio á la comida encontramos literalmente de los perros solo el cráneo y la cola, todo lo demás, como el pelo y la piel, la carne y los huesos, así como tambien las piernas, todo lo habian devorado.

Comían toda clase de carne menos la de buitre, que rehu-

saban obstinadamente aunque tuvieran mucha hambre, mientras que los buitres mismos la comían con la mayor tranquilidad. No me fué dado observar si comen también, conforme se sostiene, individuos de su propia especie; pero la carne fué siempre su comida favorita, y el pan, al parecer, solo una golosina para ellas.

Mis cautivas conservaban buena armonía entre sí. A veces jugaban mucho tiempo á manera de perros entre sí, gruñían, saltaban una por encima de la otra, se echaban alternativamente en tierra, se mordían, etc. Cuando una de ellas había estado alejada de la otra durante algún tiempo, manifestaban siempre un gran júbilo al volverse á ver reunidas; en una palabra, dieron pruebas suficientes de que también las hienas pueden amar con ardor y hasta entrañablemente.

EL PROTELE Ó HIENA CIVETA—PROTELES LALANDII

CARACTÉRES.—Este animal (fig. 246) llamado también civeta ó ginetá hienoidea (*proteles cristatus*; *viverra hienoides*) viene á ser como un eslabón entre las hienas y las civetas, y por esto se le considera con razón como representante de una tribu propia. La apariencia exterior de este animal, en general poco observado hasta hoy, se parece extraordinariamente á la de la hiena rayada, porque tiene también el hocico truncado, piernas anteriores altas, lomo inclinado, crin en la espalda y cola poblada; pero las orejas son más grandes, y las patas delanteras tienen un pulgar ó dedo suplementario á la manera de los falsos dedos de muchos perros. La dentadura es notable. Los molares que varían entre dos y cinco, separados por anchos intervalos, no son más, según Doenitz, que pequeñísimas puntas; los incisivos están, como en las hienas, casi en línea recta uno al lado del otro, y hacen aparecer el hocico tanto más ancho, en cuanto la parte de la mandíbula que lleva los molares es débil á causa de lo reducidos que son estos. La dentadura no puede servir de base para la clasificación sistemática del animal. La estructura del resto del esqueleto se aproxima tan bien á la del de la hiena como al del perro, pues mientras las vértebras y los huesos de las extremidades son si cabe más esbeltos y elegantes que en los chacales, tienen por otro lado tantas y tan salientes apófisis para la inserción de los músculos, que se agregan bajo este concepto á las hienas cuya osamenta entera se distingue, como se sabe, por su tosquedad. No puede sacarse tampoco consecuencia alguna del número de vértebras para determinar el lugar que corresponde al animal, ya que este número está sujeto á grandes variaciones en sus afines más próximos.

El protele ó hiena civeta tiene 15 vértebras dorsales que llevan costillas, 5 lumbares, 3 coxígeas y 23 caudales, y estos números están más acordes con las correspondientes de las hienas que con las de los perros.

Hasta ahora es la hiena civeta la única especie conocida de su tribu. Su longitud total es de 1^m, 10, la de la cola 6^m, 30. El pelaje, que consiste en pelos lacios con cerdas fuertes y largas, tiene listas negras en los costados sobre fondo amarillo pálido. La cabeza es negra con mezcla de amarillo; el hocico, la sínfisis de la mandíbula inferior ó la barba y el anillo de los ojos son pardo oscuros; las orejas por dentro blanco-amarillentas, por fuera pardas; la parte inferior tiene un tinte amarillo blanquizco y la mitad extrema de la cola es negra. Desde el occipucio á lo largo de todo el lomo hasta la raíz de la cola, se prolongan las cerdas formando una crin cuya continuación es la cola poblada. La crin es negra y también con mezcla amarillenta. Los lados del hocico llevan pelo corto, pero

las cerdas del mostacho son largas y fuertes; la punta y el lomo de la nariz no tienen pelo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La hiena civeta ó protele es habitante del Cabo, habiendo sido mencionada ya por los viajeros más antiguos; pero descrita por primera vez con mayor exactitud por Isidoro Geoffroy. En honor de su descubridor recibió su nombre latino, aunque fué su compañero Verreaux quien comunicó la mayor parte de lo poco que sabemos sobre el modo de vivir de este animal. Sparrmann designa probablemente la hiena civeta con el nombre de *chacal gris*, con el cual suelen designar á este animal los colonos holandeses del Cabo. Le Vaillant vió en el país de los namaqueses solo sus pieles trabajadas en las capas sin poder obtener el animal mismo. Los que le acompañaron le hablaron sin embargo más tarde del *lobo terroso* como uno de los visitantes nocturnos de su campamento, porque distinguían su voz de la de sus afines, de las hienas y de los chacales.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—De todos los datos que pueden aplicarse al animal, resulta que es nocturno y que se esconde de día en madrigueras que se parecen á las de nuestras zorras, pero que son más extensas y están habitadas por varios lobos terrosos (hienas civetas) á la vez. Los tres que mató la comitiva fueron echados de su madriguera, si bien no todos de una misma galería, por Verreaux con auxilio de su perro. Cuando salían, se presentaban furiosos, con la crin erizada, orejas y cola colgantes, huyendo á toda prisa. Uno de ellos se esforzó en escurrirse á toda prisa un nuevo escondrijo dando muestra de notable habilidad.

Del examen de la madriguera resultó que todas sus galerías se comunicaban y que conducían á una gran cueva central, que algunas veces debía servir de habitación común. El citado observador dice que el alimento principal de estos animales consiste en corderos, pero que á veces también acometían á los carneros y los mataban, si bien de estos solo consumían por lo común su cola y su grasa. A ser esto cierto, claro es que no necesitarían una dentadura vigorosa. Se ignoran completamente los demás detalles sobre la vida del lobo terroso.

Es probable que su radio de dispersión alcance más lejos de lo que comúnmente se supone; por lo menos encontró *de Joannis* una hiena civeta, muerta en Nubia, que pareció idéntica á la del Cabo.

Recientemente han llegado varios proteles vivos al jardín zoológico de Londres, y al parecer soportan muy bien su cautiverio, y se dejan por lo tanto alimentar sin dificultad. Nada he podido saber sobre sus costumbres y comportamiento.

LOS VIVERRÍDEOS—VIVERRIDÆ

CARACTÉRES.—La familia de los viverrídeos, *gatos arrastradores* en alemán, á la que nos conduce el protele ó hiena civeta, se diferencia de todos los carnívoros citados hasta aquí por su cuerpo muy prolongado, delgado y cilíndrico; por su cuello largo y delgado también, cabeza prolongada, y por su cola larga casi siempre caída. Los ojos suelen ser pequeños, las orejas tan pronto algo grandes como más pequeñas; los pies tienen de cuatro á cinco dedos, y las uñas son, en muchas especies, retráctiles. Al lado del ano existen dos ó más glándulas que segregan líquidos particulares, raras veces agradables al olfato, y que á veces están contenidos en una bolsa glandular especial.

En lo general se parecen los viverrídeos á nuestras martas, á las que reemplazan probablemente en los países meridio-

nales del mundo antiguo; pero por otro lado recuerdan buen número de ellos á los gatos, lo que autoriza á considerarlos como miembros de unión ó de transición entre ambos grupos. De las martas difieren principalmente por su dentadura, que es más afilada y puntiaguda, y tiene además en la mandíbula superior dos dientes molares, mientras que existe solo uno en las martas ó mustélidos; aquellos, como estas, tienen dentadura francamente carnívora, con caninos grandes, esbeltos y afilados, incisivos pequeños y molares verdaderos y falsos, acabando en una ó varias puntas. En los viverrídeos se cuentan 40 dientes, á saber: arriba y abajo seis incisivos y un canino; arriba cuatro molares intermedios y dos molares ó tres intermedios, y dos molares con protuberancias; abajo cuatro intermedios, y dos verdaderos ó cuatro intermedios, otro falso y uno verdadero.

El cráneo es oblongo; las prolongaciones orbitales del frontal están muy desarrolladas, el arco cigomático poco apartado. La columna vertebral consiste en 31 vértebras, que llevan 13 ó 15 costillas, y además de 20 á 34 que pertenecen á la cola.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La dispersión de los viverrídeos ocupa un área bastante limitada. Habitan, con excepción de una sola especie americana, el sur del mundo antiguo, preferentemente Africa y Asia. En Europa existen dos especies de la familia, y aun exclusivamente en los países del Mediterráneo; la una tan solo en España.

Las tribus aparecieron sobre la tierra ya en tiempo prehistórico, pero sin presentar variedad; pues hasta ahora se han encontrado solo restos escasos é incompletos de especies muy semejantes á esta familia.



Fig. 247.—LA CIVETA DE AFRICA

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—En la creación actual se distinguen como las martas (mustélidas), por una gran abundancia de formas, y lo que es más, en un área mucho más limitada que estas. Los puntos de su residencia difieren tanto como ellos mismos. Los hay que habitan en países elevados, secos y estériles, en desiertos, páramos, en las sierras ó en los bosques claros de Africa y del Asia faltos de agua; otros prefieren las llanuras más férciles, especialmente las orillas de los ríos ó cañaverales, á todo otro sitio; los hay que buscan la proximidad de las viviendas del hombre, y otros se retiran recelosos á la oscuridad de la selva; los unos viven en los árboles, otros exclusivamente sobre la tierra. Grietas en las rocas, simas, barrancos, el hueco de los árboles y agujeros que ellos mismos se escarban en la tierra ó de que se apoderan, matorrales espesos, etc., son sus retiros y madrigueras durante aquellas horas del día que dedican al descanso.

Para pintar el modo de ser de los viverrídeos repetiré aquí las observaciones que publiqué hace algunos años en sociedad con mi hermano. La mayor parte de los viverrídeos son animales nocturnos, pero muchos positivamente diurnos, que andan cazando todo el tiempo que el sol alumbrá la tierra, exceptuando al medio día, y se retiran después de puesto el sol á sus madrigueras. Muy pocos, poquísimos, pueden calificarse de indolentes, tardos y pesados; el mayor número no cede en nada á los carnívoros más notables por su agilidad y ligereza. Varios grupos son verdaderos digitígrados, mien-

tras que otros pisan al andar con toda la planta; algunas especies trepan á los árboles; pero los más están condenados á vivir en el suelo. Ningun viverrídeo es acuático. Animales diurnos todos ellos, el género de vida es lo que les distingue de las mustélidas ó martas, á las cuales se asemejan por más de un concepto; pero ambos grupos difieren sobre todo por su vida y costumbres. Las mustélidas son, como se sabe, animales inquietos, que una vez en movimiento apenas permanecen un minuto en la misma posición, ni apenas en el mismo sitio; muy por el contrario, van y vienen, corren, trepan, nadan y se mueven al parecer sin objeto y sin cesar; todo cuanto hacen lo ejecutan con una precipitación tonta; pues bien, los viverrídeos son inquietos como ellas, muchos, igualmente ágiles, y sin embargo, es enteramente otro su modo de ser. En todo lo que hacen se nota cierta precaución, y á pesar de toda su agilidad, sus movimientos parecen más uniformes, más comprensibles, más pausados, y por lo mismo más graciosos que los de las mustélidas. A las ginetas se les ha de conceder la palma en cuanto á movilidad. Apenas hay otro mamífero que como las especies pequeñas y esbeltas de este grupo, se deslicen sobre la tierra á la manera de verdaderas culebras. Flexibles como ellas, y si es preciso rápidas y también ágiles, se presentan sin embargo las martas de las palmeras de un modo muy distinto; ellas son las que, más que las otras especies, merecen el nombre de gatos deslizadores que he dado á la familia, pues ningun individuo de cuantos órdenes conozco se desliza tan precavidamente por